

Orizaba; la de glicerina y dinamita; la de cristales finos, en Puebla; la de vidrios, las de manufacturas de henequén; las *casas empacadoras* (fábricas de conservas de carne); la de *coupage* de vinos; la de cemento, la de jabón; toda una larga serie de nuevas tareas, surgidas á impulso del desenvolvimiento gradual de la República, alentadas y favorecidas por las mismas facilidades que el progreso nacional, secundado por la gestión administrativa, ha determinado en esta reveladora etapa de la historia nacional.

Porvenir de la industria mexicana.—Conclusiones.—Un publicista mexicano,—y no se trata por cierto de un escritor optimista,—el ingeniero D. Francisco Bulnes, ha trazado en un cuadro estadístico la función económica y social del desenvolvimiento de la industria patria.

Es interesante fijar la mirada en las siguientes cifras:

PRODUCTO BRUTO INDUSTRIAL Y COMERCIAL		
	AÑO DE 1879	AÑO DE 1899
INDUSTRIAS:		
Ferrocarrilera.	\$ 3.000.000	\$ 38.000.000
Manufacturera, tejidos de algodón, tabacos y papel . . .	» 20.000.000	» 46.000.000
Azucarera	» 8.000.000	» 12.000.000
Alcohol	» 8.000.000	» 14.000.000
Minera	» 36.000.000	» 108.000.000
Comercio exterior total	» 48.000.000	» 249.000.000
Rentas federales y de los Estados.	» 28.000.000	» 72.000.000
Totales.	\$ 151.000.000	\$ 539.000.000
Diferencia.	\$ 388.000.000	

«De manera,—comenta el autor del *Porvenir de las Naciones Hispano-Americanas*,—que el Comercio, la Industria y el Estado han podido aplacar el *famelismo* de la sobrante clase media revolucionaria, principalmente por necesidad de vivir. Cada día presenta la clase media menos peligro de revolucionar; mientras coma, estará tranquila, aun cuando la agiten todas las utopías, todas las ambiciones y todos los flúidos democráticos.»

Es una gran obra de transformación social la que ha operado la evolución de la industria al dar nacimiento á un grupo, cada día menos numeroso, de actividades vinculadas en la labor general de la República. Es la nueva clase media, producto del industrialismo moderno, ligada á todos los intereses que prestan vida propia á la Sociedad y al Estado. Ahí está el asiento de la prosperidad patria, ahí el de la paz y el de la solidaridad nacional.

¿Y el problema económico? En el grupo de las industrias nacionales, las hay que salvando los lindes del territorio patrio han podido acudir á la competencia extranjera; otras, están acaso destinadas á surtir exclusivamente la demanda interior. Pero la demanda interior es una consecuencia del crecimiento de todas las fuerzas activas, que bregan por su constante desenvolvimiento. El país tendrá entonces, las tiene en la actualidad, dos corrientes industriales: una, destinada á encauzar hacia los mercados del exterior los productos de la riqueza nacional; la segunda, á proporcionar elementos de vida á la población mexicana.

Y un gigantesco motor dando movimiento á esta maquinaria: la Energía nacional, transformada y dirigida hacia los grandes destinos que, en las sociedades modernas, marca el admirable lema, amplificado por uno de los más grandes pensadores nacionales: AMOR, ORDEN Y PROGRESO.

Carlos Díaz Dufoo



PARTE CUARTA

EVOLUCIÓN MERCANTIL

CAPÍTULO PRIMERO

EL COMERCIO ANTES DE LA CONQUISTA Y DURANTE LA ÉPOCA COLONIAL

HA sido siempre el comercio estímulo poderoso de las grandes empresas humanas; y por más que para reconstituir la historia á la luz de los principios de la ciencia sociológica habrán de faltar muchos datos, que nuestros predecesores, juzgándolos sin importancia, no cuidaron de consignar, á medida que se avance en esa labor se irá viendo más y más claramente que el deseo del lucro, y especialmente del lucro mercantil, ha sido el móvil de muchos cambios y transformaciones en los pueblos, y la causa de muchas guerras y conquistas que hasta ahora se han explicado por motivos exclusivamente políticos.

En otro orden de ideas, ha sido también el comercio un gran propulsor de los descubrimientos y adelantos que el hombre ha llevado á cabo. Sin remontarnos al mundo antiguo ni recordar, sino de paso, á

Los comerciantes fenicios, que tanto contribuyeron á que se conocieran entre sí los pueblos que habitaron la cuenca del Mediterráneo, fijemos por breves momentos nuestra atención en hechos muy conocidos de la época medioeval, cuna de la civilización y de las nacionalidades modernas.

Fué el comercio el que creó la grandeza y el que sostuvo el poderío de Génova y Venecia; cuando el cetro mercantil cayó de sus manos, porque navegantes de otras naciones descubrieron derroteros nuevos, que facilitaban el acceso á los antiguos mercados, ó comarcas hasta entonces ignoradas, en donde los productos exóticos se obtenían más baratos y las mercancías europeas hallaban más lucrativo consumo, las orgullosas Repúblicas italianas perdieron también su importancia política, que pasó sucesivamente á otros pueblos.

Tocó al siglo xv, aunque en sus postrimerías, presenciar, con los descubrimientos de Cristóbal Colón, Bartolomé Díaz, Núñez de Balboa, Magallanes y Vasco de Gama, la mayor transformación que en este sentido registra la Historia. Estos y otros audaces navegantes que les siguieron de cerca, movidos, más que por fines científicos, por propósitos mercantiles, que en nada empequeñecen ni amenguan su gloria, hicieron que el hombre civilizado conociese por primera vez, y de modo positivo, el planeta que habitaba, y que antes de esa época, por siempre memorable, le ocultaba más de la mitad de su extensión, perdida en el *mare ignotum* de las viejas cartas geográficas.

Casi coincidían estos descubrimientos con el impulso, por tantos conceptos prodigioso, que el espíritu humano recibió en el siglo xvi, presentando el admirable espectáculo del general desenvolvimiento de la actividad del hombre en los más variados campos de acción: en el de la política, con Carlos V, Julio II y León X; en el de las artes, con Leonardo de Vinci, Miguel Ángel y Rafael; en el de las letras, con Ariosto y el Tasso en Italia, y en España con esa pléyade de ingenios de que formaron parte Miguel de Cervantes y Lope de Vega; en el de las ciencias, con Mercator, Copérnico y Paré; lo cual determinó lo que se ha convenido en llamar «el Renacimiento,» porque diríase que, efectivamente, la humanidad occidental de entonces salió á nueva vida de las nebruras de la Edad media, como la larva que, abandonando el capullo, surge convertida en brillante y ágil mariposa para recorrer libremente el espacio.

En medio de este renacimiento, España se encontró dotada por Colón y las primeras expediciones que en pos de él vinieron á las Antillas, no sólo con las riquezas de estas islas, sino con la mayor parte de la «Tierra-firme» de nuestra América. Siguiendo de cerca á los descubridores, venían los aventureros; y al más afortunado y audaz de todos ellos, á Hernán Cortés, como la historia le llama preferentemente, le tocó subyugar el imperio azteca y el vasto territorio que se denominó «la Nueva España» y había de convertirse en el México moderno.

Pero antes de ver lo que la España encontró aquí, veamos lo que ella misma traía en la materia en cuyo estudio debemos ocuparnos; ó, en otros términos, examinemos, siquiera brevemente, las condiciones económicas de la nación conquistadora.

Acababa de consumarse la definitiva expulsión de los árabes del territorio español y se había unificado ya, con el matrimonio de Don Fernando y Doña Isabel, el gobierno político de la península ibérica. Parecía, pues, urgente por todo extremo unificar también la nacionalidad misma, compuesta de elementos tan diversos y variados, que algunas veces llegaban hasta el antagonismo.

¿No lo comprendieron así los políticos españoles, ó eligieron, como único medio para alcanzar ese fin, la consolidación y robustecimiento del vínculo religioso? No es ésta ocasión oportuna para discutirlo; consignemos sólo, como un hecho indudable y comprobado, que todas las medidas trascendentales de esa época parecen inspiradas en el deseo de realizar la unidad religiosa á todo trance y por todos los medios. La expulsión en masa, primero de los judíos y luego de los moros, que formaban el elemento laborioso é industrial de la nación; las guerras sostenidas en Alemania y Flandes por Carlos V y Felipe II, y cuyo carácter fué eminentemente religioso; y, sobre todo, el establecimiento del formidable tribunal del Santo Oficio, son hechos característicos del espíritu dominante en la política de los reyes de España, desde Don

Fernando y Doña Isabel hasta el advenimiento de Felipe V. Todos los propósitos de la corona parecen haberse concretado durante esta época en librar á los súbditos de la contaminación de la Reforma y la herejía, aunque para ello hubieran de ponerse en olvido los intereses económicos y se encauzaran todas las fuerzas vivas del organismo social hacia las guerras que en muchos puntos de Europa, y contra muchas naciones á la vez, era preciso sostener. Agricultura, industria, comercio, ciencia positiva y, en una palabra, cuanto elemento es indispensable para constituir el bienestar material, sin el que es forzosamente transitorio y efímero el poderío político, nada significaban, ni había quien de estas cosas se cuidara: el triunfo de la fe, el brillo de las armas, y para realizar ambos fines, la concentración absoluta del poder en manos del rey, suprimiendo por completo toda iniciativa individual y ahogando todo germen de libertad política y económica, tales eran por aquel entonces los ideales de la nación cuyos representantes en esta parte de la América fueron Hernán Cortés y sus compañeros. Y como el malestar económico de la metrópoli alcanzaba al pueblo y al gobierno, y como se arraigaba más y más el error de que la riqueza se cifra en la posesión de los metales preciosos como moneda, un deseo inmoderado de explotación, sin tregua ni misericordia, completaba el conjunto de las ideas directoras de la gigantesca empresa colonial que para España significó el descubrimiento y sujeción de América, y en la cual, bajo el aspecto económico, no se buscaba el desarrollo de la industria ni del comercio metropolitanos, sino una fuente de metales preciosos para satisfacer las necesidades del tesoro del rey y para enriquecer á los particulares.



Naves fenicias

Aquí, el suelo estaba poblado por razas primitivas organizadas en diversas tribus, y

aunque algunas eran ya sedentarias, apenas si habían comenzado á salir de la edad de la piedra pulida, alcanzando los principios de la del bronce, pero sin llegar á la del hierro. De estas tribus, la más importante, la *meshica*, habitaba, con los *tlateolca* y los *acollhua*, el valle de México, y se habían constituido en un imperio cuya forma era la monárquica electiva. Aunque los *meshica* compartían la posesión del suelo con otros pueblos independientes, como la república de Tlaxcala y el reino de Michoacán, ejercían un notable predominio sobre la mayor parte de la extensión territorial que después formó la Nueva España, si se exceptúa el Norte, más allá del río de Santiago, dominado por tribus completamente bárbaras y salvajes, y el lejano Oriente, más allá del istmo de Tehuantepec, poblado principalmente por los mayas. Por lo mismo, y porque sobre el pueblo azteca son más completas las noticias que hasta nosotros han llegado, aunque no exentas de exageración, á él nos referiremos principalmente.

Los más importantes artículos del comercio de los indios, que era puramente terrestre, fueron el cacao, origen de la bebida usada hoy en todo el mundo; los tejidos de algodón y plumas, de cuya belleza se hacen lenguas quienes los vieron; la cochinilla, que proporcionaba el color rojo para teñir las telas, y el copal y el ámbar, cuyo aroma se esparcía en los *teocallis* y en las casas. Los productos minerales, el oro, la plata, el cobre y el estaño, eran también objetos de multiplicadas operaciones; pero más que estos artículos, son dignos de citarse, ya que no por su valor por unidad, sí por la cuantía de su producción, el maíz y los varios productos del maguey.